

Panotla, Tlaxcala

Xavier Moyssén



Iglesia de San Nicolás Panotla

El Estado de Tlaxcala, no obstante sus limitadas dimensiones de superficie, cuenta con un número considerable de monumentos artísticos del período virreinal. La importancia de las obras que conserva se acrecienta si se tiene en cuenta la originalidad que existe en muchas de ellas, por lo cual no sólo compite con otras regiones sino que, en ocasiones, las supera al presentar ejemplos que, por sus valores propios,

resultan únicos. Para fundamentar lo anterior, se cita el siguiente ejemplo: el monumento arquitectónico de la c6lebre bas6lica de Ocotl6n, inmediato a la capital del Estado que, a m6s de ser una obra cardinal en el arte hispanoamericano, es una de las valiosas creaciones del barroco. Nada semejante se encuentra, tanto en Europa como en Am6rica, que pueda competir con la esbeltez y musicalidad que hay en

la portada y torres del Santuario de Ocotl6n, a lo que se agrega el conjunto de los retablos del presbiterio y la policromía de los estucos interiores de la c6pula del camar6n de la Virgen.

La vieja y noble ciudad de Tlaxcala se cuenta entre las primeras poblaciones ind6genas que vieron levantar los nuevos edificios para el culto religioso que a los naturales les fue impuesto. Del convento franciscano de Tlaxcala, otra de las preseas del arte virreinal, salieron los hijos de Francisco de Asís para establecer nuevos centros de evangelizaci6n y cultura, lo cual motiv6 la edificaci6n de iglesias y monasterios que la orden de los franciscanos, con primacía absoluta, levat6 a lo largo del territorio tlaxcalteca. Citemos tan solo algunas poblaciones que conservan monumentos del siglo XVI: Huamantla, Chiauhtempan, Calpulapan, Nativitas y Tepeyanco.

Pese a los grandes conjuntos que los franciscanos edificaron en el siglo de la doble conquista — la armada y la espiritual—, lo m6s significativo del arte colonial tlaxcalteca corresponde, ni m6s ni menos, que al gran arte barroco de los siglos XVII y XVIII. Barrocas son, pues, las mejores muestras de arquitectura, pintura y escultura; f6cil es admirarlas en Tepeyanco de las Flores, San Dionisio Yauhquemecan, Ahuahuatepec, Tzompantepec, San Miguel del Milagro, Atlhuetzia y muchos pueblos m6s que sería prolijo citar. El valor de las obras de arte existentes en las iglesias de los pueblos sealados, posee un car6cter especial: el que les imprimi6 la sensibilidad de los ind6genas que intervinieron para hacerlas una bella realidad.

A corta distancia de la ciudad de Tlaxcala se encuentra el pueblo de San

¹Véase Fernando Anaya Mont6ay, *La Toponimia ind6gena en la historia y la cultura de Tlaxcala*, p. 54. UNAM, M6xico, 1965.

Nicolás Panotla, con el interesante edificio de su parroquia, que es una valiosa y casi desconocida presea del arte. Los orígenes del pueblo son prehispánicos. Etimológicamente, Panotla significa en náhuatl "lugar de paso".¹ En el siglo XVI los franciscanos evangelizaron el lugar, aunque no llegaron a construir sino una pequeña capilla, la cual fue demolida, se dice, después de 1693, al establecer parroquia en el pueblo el famoso obispo Manuel Fernández de Santa Cruz, el impugnador de Sor Juana Inés. En realidad, no existen datos históricos confirmados respecto a esta población; las fuentes documentales conocidas para Tlaxcala no son pródigas en noticias sobre Panotla. Se ha asentado, líneas atrás, su origen prehispánico, lo cual no pasa de ser una conjetura, como también lo es el dato supuesto de la presencia franciscana en el lugar. Las fuentes históricas de consulta común guardan silencio en lo que a Panotla se refiere; una relación de pueblos, haciendas y ranchos tlaxcaltecas, levantada en 1792, no menciona para nada a San



Detalle ornamentación de portada



Detalle acceso

Nicolás Panotla.² En todo caso, queda abierta a los estudiosos de la historia de Tlaxcala la posibilidad de que en sus investigaciones en los archivos, localicen los documentos que arrojen luz sobre los orígenes y desarrollo de esta población.

La iglesia de San Nicolás levanta sus muros sobre la invariable traza del barroco mexicano, esto es, la planta en forma de cruz latina. Estructuralmente es una construcción sencilla, a semejanza de tantas que se encuentran en el país, sus discretos valores espaciales están acordes a la construcción misma, máxime cuando la cúpula adolece de la falta del tambor que otro ámbito espacial interior debía proporcionarle con indudable beneficio.

Si el interior de la iglesia no presen-

² Anaya Monroy, *Op. cit.*, incluyó como Apéndice una "Relación de Pueblos, Haciendas y Ranchos de la jurisdicción de Tlaxcala, sus rumbos y distancias de la ciudad, y de las cabeceras de sus partidos. Provincia de Tlaxcala. Año de 1792."

ta en la actualidad ninguna obra de arte sobresaliente, respecto a la portada sólo cabe exclamar, sin hipérbolo, que es ¡extraordinaria!, dadas las formas plásticas que la constituyen.

Un enorme arco de medio punto, profusamente ornamentado, encierra la singular portada de esta iglesia; su estilo corresponde al arte barroco que floreció en la Nueva España, en la segunda mitad del siglo XVIII. Todas las labores decorativas, los relieves y las esculturas, así como las finas y esbeltas pilastras estípites que intervienen en la estructura de la composición, están trabajadas con la técnica del modelado hecho a base de ladrillo y estucos de argamasa. El baño de blanquísima cal que cubre las labores del modelado, como recubrimiento final, da a la portada esa peculiar fisonomía que la hace aparecer como elaborada con azúcar, cual si se tratara de un dulce mudéjar de alfeñique.

La técnica de trabajos decorativos con estucos de argamasa, empleados tanto en los interiores como en el exterior de los edificios, fue utilizada desde el siglo XVII y alcanzó su mayor auge en el XVIII. Una indudable maestría alcanzaron los alarifes en las obras que realizaron, ya sea en relieves de mayor o menor profundidad, o en las imágenes exentas para la composición simbólica de las portadas. En las esculturas de bulto, en ciertos relieves y en molduras, se disponía primero un núcleo de ladrillo para dar las formas de las figuras a representar; a continuación, se aplicaba la argamasa en las cantidades indispensables a lo que se habría de modelar. La argamasa consistía en arena fina, bien cernida, cal pura, agua y una cierta cantidad de yeso, cuando se quería alcanzar un estuco de buena calidad. Este material se utilizó por cuestiones económicas o ante la carencia de mantos de piedra susceptibles de labrar en fantasías barrocas decorativas. Quizás los trabajos más sobresalientes correspondan a la ciudad de Puebla y zonas de su influencia artística; mas también los hay, espléndidos, en otras poblaciones, como las aledañas al lago de Texcoco. Recuérdense aquí las famosas y bien llamadas "arcadas reales de Papalotla". Otro buen ejemplo, dentro de la influencia



Detalle estípites

poblana, lo es la portada del célebre Santuario de Tepalcingo, Morelos.³ En algunos casos, una viva policromía cubrió los estucos. Hacia el sur del país hay que citar la portada de la iglesia dominica de San Cristóbal las Casas, Chiapas. El empleo de esta técnica alcanzó singulares características en la Capitanía General de Guatemala, baste citar como ejemplos las portadas de las iglesias de La Merced y Santa Clara, en Antigua.

Estilísticamente, la portada de la parroquia de San Nicolás Panotla está muy cerca de la que exorna la basilica de Ocotlán, como lo advirtieron Diego Angulo Íñiguez y Manuel Toussaint; y es más, ambas parecen provenir de la misma mano maestra, de la misma

sensibilidad creadora; pero, no obstante, presentan notorias diferencias. Para mi gusto, las labores escultóricas de Panotla son superiores. Sus estípites son de un diseño más audaz. Una imaginación más pródiga en formas se encuentra aquí, ya sea en el arco trilobulado de la puerta o en la complicada solución de la ventana del coro con sus grupos escultóricos, como el de la

³ Consúltense el estudio de Constantino Reyes Valerio, sobre *Tepalcingo*. INAH, México, 1960. El mismo autor se ocupó de otras iglesias con portadas labradas con estucos de argamasa, entre ellas está la sobresaliente de Jolalpan, Pue., véase *Trilogía Barroca*, INAH, México, 1960.



Detalle ornamentación

coronación de la Virgen. El arco mismo, que cobija la portada, acusa mayor originalidad.

Las siguientes líneas que se transcriben se deben al entusiasmo que le causó Panotla a Diego Angulo Iniguez, cuando la descubrió: "... la fachada de San Nicolás... no cede en riqueza decorativa a la de Ocotlán. Cual lujosísimo retablo al fondo de su capilla, muéstranos bajo un gran arco de cierta profundidad recorrida por lujosos estípites y cuajada de recargadísima decoración. Su arco de ingreso es trebolado, y sobre el vano de su claraboya cuatrilobulado recorta también su silueta una estatuilla. En su ornamentación precisa subrayar asimismo la presencia de la *Rocaille* y de otros

temas característicos del rococó".⁴ Por su parte, Manuel Toussaint escribió como síntesis lo siguiente: "Es evidente el parentesco entre la portada de Panotla y la del Santuario de Ocotlán: pertenecen a la misma familia... A mi modo de ver la de Panotla es más audaz, más movida, menos razonable, más churrigueresca y, por ende, mejor".⁵

La única torre de esta iglesia, puesto que la otra no llegaron a construirla, si bien no tiene la gracia de perfiles y el sentido de esbeltez que hay en las de Ocotlán, ni mucho menos el recubrimiento de ladrillo exagonal, no por ello está desprovista de interés. Por sus dos cuerpos, el cupulín que la remata y la albura que le da su baño de cal, en

términos muy generales, obedece al mismo patrón que la de San Dionisio Yauhquemecan y algunas más de la región. En el cubo de la torre encuentranse vestigios⁶ arqueológicos de la construcción anterior. Allí aparece una lápida con una inscripción: 1769, fecha que parece indicar el año en que se hizo una notable reforma a la construcción, acaso la misma portada de cuyo anónimo autor, por desgracia, nada se sabe.

⁴En el tomo segundo de su *Historia del Arte Hispanoamericano*, pp. 249-250, Barcelona, 1950.

⁵*Paseos Coloniales*, segunda edición, p. 151, UNAM, México, 1962.